

MI ENCUENTRO CON LA

HERMANDAD

INTRODUCCION

Lo que sigue son unas páginas relatando mi experiencia personal en los últimos 5 años. En ellas describo el encuentro de la Hermandad y los hermanos; estudio y analizo esos 5 años. Llego a unas conclusiones y formulo una tesis. No pretendo que sea la verdad absoluta, pero es lo que hoy por hoy creo y puedo apreciar.

Este pequeño libro queda como testimonio escrito de mi fe, del compromiso que asumo ante el Padre, ante mi mismo y ante mis hermanos; a la vez que constituye la base y los cimientos sobre los cuales pienso edificar lo que sigue en mi vida.

Queda escrito para que permanezca como registro y como presentación de lo que soy, de lo que creo y de lo que hago.

En el año 1993, cuando tenía 21 años, llegué a las puertas de la Hermandad. Quizás sería más apropiado decir que la hermandad llegó a mis puertas gracias a una serie de circunstancias aparentemente fortuitas.

Estaba en esa altura rebelde a todo lo que la sociedad, los amigos y la familia me proponían. Me negaba a estudiar, me negaba a trabajar. No le encontraba sentido, ni razón a una vida de estudio y de trabajo, ni a una vida de familia. Me parecía que la vida era para disfrutarla y vivirla con alegría, pero no hallaba en nada de lo que hacía, ni en nada de lo que vivía, goce o disfrute.

No encontraba salida alguna a «mis problemas» y me resistía a aceptar las salidas que las personas a mi alrededor me ofrecían (principalmente la familia carnal y los

amigos). Por supuesto que esta situación ejercía gran presión sobre mí porque a mi alrededor todas las personas con las cuales me relacionaba, parecían haber encontrado su camino y hasta las mismas personas que antes se divertían con «mi rebeldía» empezaban a aconsejarme y a decirme que era hora de que empezara a «hacer algo».

Esta situación causaba mucho malestar y preocupación en la familia carnal, sobretodo a mi madre que se angustiaba y sufría por mis actitudes y también creaba sufrimiento y angustia en mi mismo (aunque desde afuera se veía como una vida muy fácil y cómoda), porque estaba cada vez más desesperado y pensaba que la vida no valía nada, que no valía la pena esforzarse, ni trabajar, ni tener familia porque nada de eso conducía a la paz y a la felicidad.

Pues bien, estando yo en esas circunstancias, se produce el encuentro con la Hermandad. Sin saber siquiera cómo, conocí a un grupo de «personas» que estaba en búsqueda espiritual. Al principio fui muy escéptico y pensaba que esas personas estaban algo locas; sin embargo, gustaba de estar con ellas y observarlas. Fue así, casi sin darme cuenta, que comencé a entrar en el espacio de la Hermandad, hasta que un día tuve una conversación muy larga con uno de los hermanos.

Una conversación en la cual hablé de todos mis problemas, de todas mis angustias y ansiedades. Una conversación en la cual mostré toda mi rebeldía y toda mi impotencia, todos mis miedos, mis resentimientos y mis dolores. Una conversación en la que fui capaz de recordar y de expresar todos mis sueños, todos mis anhelos, todos mis querer y todos mis deseos. Una conversación en la cual tuve el privilegio de ser escuchado sin que me juzgara o condenara. Una conversación en la cual fui aceptado como un hermano incondicionalmente, sin que se me pidiera nada a cambio. Una conversación en la cual pude expresar libremente mis temores y mostrar mis debilidades. Una conversación en la que expuse mis dudas y mis reclamos. Una conversación en la que sentí lo que es la misericordia, el perdón, la amistad, la comprensión y finalmente la liberación.

En este encuentro, recordé mis sueños y pude ver con cierta claridad qué es lo que quería y lo que sin saber había estado buscando. Me di cuenta de que buscaba un mundo con igualdad de oportunidades, un mundo de justicia, un mundo de unidad, un mundo de paz y armonía y sobretodo, un mundo de hermandad donde en amor es la base, el principio y el fin de todas las acciones y relaciones. Y llegué a la conclusión de que era más sabio esforzarme por encontrar y alcanzar ese mundo que seguir rebelándome a todo lo que se me proponía. Pensé que si hay un asola posibilidad de que un mundo así exista, vale la pena luchar por ello.

Hoy puedo dar testimonio de que ese mundo existe y de que es aún más maravilloso que en mis mejores sueños. Es el mundo del Padre y siempre ha estado aquí mismo, Es el mundo de la Hermandad, en el cual he vivido los últimos 5 años. Es un mundo al que cualquiera tiene acceso, pero muchas veces he estado tan ocupado conmigo mismo, con mis problemas, que me olvido de ese mundo; es decir, me olvido del Padre y de los hermanos.

Antes de seguir avanzando con esta historia o testimonio, debo dejar en claro que hasta el momento en que aparecieron los hermanos yo no estaba en ninguna clase de «búsqueda espiritual», ni interesado en temas religiosos o esotéricos. Creía en Dios, pero lo veía como un Dios lejano, inalcanzable, que no tenía nada que ver conmigo ni yo con Él.

Fue gracias a esa conversación que tomé la decisión de comenzar a buscar ese mundo soñado, en lugar de seguir luchando y rebelándome contra todo y todos, en lugar de seguir consumiendo mi vida y la vida de los que me rodean. Además, me gustaba la idea de encontrarme con otros que estaban buscando más o menos el mismo mundo y no se trataba de seguir u obedecer a alguien o de practicar el rito de la disciplina o de asumir algún compromiso o responsabilidad. Simplemente esfuérzate por alcanzar ese mundo ideal; en el camino perfecciona ese mundo. Hazlo un mundo más armonioso, más ordenado, más bello y más perfecto.

Pero no sería honesto decir que ésta fue la única razón que me llevó a tomar la decisión de buscar ese mundo. Hubo otras razones y también muy importantes; razones que hicieron que desde un comienzo el camino comenzado fuera un camino dual, un camino en el que mezclé las motivaciones más puras, honestas y altruistas con las más mezquinas y egoístas. Un error que hasta hoy, 5 años después, estoy pagando, pero él cual tengo ahora la oportunidad de confesarlo, corregirlo y transmutarlo.

Hubo otras razones que en su tiempo fueron muy importantes. Vi en el camino, la posibilidad de escapar de mis problemas; la posibilidad de vivir una vida fácil y cómoda, con la excusa de estar en un camino espiritual. Es decir, en gran parte tomé el camino como una fuga de las presiones y problemas a los que estaba sometido por parte de la sociedad, de la familia y de mí mismo.

Es a raíz de esta decisión dual que «mi camino» ha estado torcido desde el principio, porque a la vez que buscaba la hermandad, a la vez que buscaba al Padre, a la vez que me esforzaba y ponía lo mejor de mí para lograr armonía, paz, para lograr amar, buscaba también sacar ventaja personal de cada situación, de cada circunstancia y de cada hermano, porque estaba desde que salí del Perú la decisión de buscar la «vida fácil» y la comunidad. Esta dualidad en mi decisión ha marcado todo el camino hasta hoy recorrido y todas mis relaciones con los hermanos, así

como ha habido momentos de verdadera entrega, de verdadera buena voluntad, de gran amistad y hermandad, ha habido momentos de máximo egoísmo y mezquindad.

Hoy, después de 5 años, es momento de hacer una pausa y de estudiar lo vivido hasta hoy. Es momento de realmente agradecer y valorar por el privilegio de haber tenido esta experiencia única. Es momento de revisar mis decisiones y de tomar unas nuevas, esta vez más honestamente, esta vez con más conocimiento y experiencia, porque de hoy en adelante ya no hay excusas ni pretextos que valgan para no cumplir con lo que libremente decido y con lo que libremente me comprometo a asumir.

Hoy también y a través de estas páginas, es tiempo de pedir perdón a cada hermano en particular y a la hermandad en conjunto. Perdón por haberme aprovechado de ellos para lograr mis objetivos personales. Perdón porque con la excusa de la hermandad y con la excusa del servicio entré en sus vidas aprovechándome de su buena voluntad y hospitalidad. Perdón porque en lugar de aportar algo, muchas veces fui una carga y un problema.

Gracias a cada hermano por haberme aceptado tal cual soy, por haberme amado y servido sin condiciones, por haberme sostenido, por permitir que haga lo que quiera sin juzgarme; mas por el contrario, sostenido siempre la verdad del ser. Hasta este día he mantenido una relación de una sola vía con la hermandad y con los hermanos. Esto quiere decir que los busco cuando yo quiero o cuando me conviene, que estoy con ellos cuando considero útil y beneficioso para mí, que los llamo sólo cuando necesito algo o estoy pasando por problemas.

Hasta hoy sólo he tenido consideración por mí mismo, sólo he visto mis necesidades, sólo me ocupaba de mis problemas (y ocupaba a los hermanos con ellos), sólo he atendido mis deseos. Hasta hoy, nunca he tomado en cuenta las necesidades, los problemas y los deseos de los hermanos que estaban alrededor. Además, me he «dado el lujo» de juzgar y criticar a todos los hermanos, pensando que yo «soy especial o infalible»; creyendo que yo siempre estoy en lo cierto y que «mi camino» es el correcto.

Así han pasado casi 5 años, estando en la casa de los hermanos, en los lugares donde hay hermanos, manipulando situaciones y aprovechándome de ellos para obtener ventajas; además, considerándome «un servidor», considerando mi presencia muy útil y muy provechosa para los demás, cuando la verdad es que no he sido más que una carga y un peso para otros, sin darme cuenta que en realidad era yo el servido.

Hasta tuve la arrogancia de abandonar hermanos, de simplemente irme, dejando compromisos asumidos para poder hacer lo que me da la gana. También eché

hermanos de dónde yo estaba más de una vez; hasta tuve el atrevimiento de expresar y decretar «más vale solo que mal acompañado», renegando de los hermanos que estaban a mi lado, todos mayores que yo, con más experiencia y camino, hermanos que me han aceptado y amado libremente.

Hoy, en este momento estoy solo. No hay hermanos a mi alrededor. ¡Cómo duele! ¡Qué gran vacío se siente! Qué triste es comer solo sentado a la mesa. Qué triste es despertar por la mañana y no tener a nadie a quien decirle buenos días. Creo que estoy aprendiendo mi lección y para la próxima vez que haya un hermano a mi alrededor, no importa quién, he de amarlo y valorarlo con todo mi ser y servirlo incondicionalmente.

Hoy clamo por el Padre. Lo llamo y seguro, seguro que Él atiende, como siempre, pero porqué no me di cuenta que Él ha estado siempre presente en cada hermano, por qué no fui capaz de verlo en los hermanos. Me doy cuenta de lo tonto y ciego que he sido, pensando que es lo más natural del mundo estar y vivir con los hermanos, pensando que es un derecho y que puedo hacer con ellos lo que quiero, en vez de considerarlo un verdadero privilegio, un gran honor y una gran oportunidad. Son el orgullo, la vanidad y el egoísmo los que no me permiten darme cuenta de la riqueza que cada hermano representa y me llevan a separarme de ellos, a aislarme y quedar solo.

Perdón, Padre, por mi ignorancia y mi orgullo. Perdón, hermanos, por el estado de derecho con el cual los he tratado. Perdón por no saber amarlos, por no saber aceptarlos. Perdón por esperar que ustedes me sirvan; incluso, por esperar que adivinen cuáles son mis problemas y los resuelvan. Perdón, en fin, por esperar que hagan por mí lo que yo no estoy dispuesto a hacer por nadie.

Gracias Padre por presentarme a la Hermandad. Gracias a la Hermandad por permitirme vivir en su espacio. Gracias a la Hermandad por aceptarme y sostenerme. Gracias hermanos, a cada uno, por su amor, su buena voluntad y por entregarme sus esfuerzos y trabajo para que yo los pueda disfrutar.

Ahora que estoy solo por mi propia elección, clamando por un hermano con quién compartir y estar, puedo valorar el trabajo y el esfuerzo de otros hermanos que salieron en busca de los que estábamos llamando y acudieron al llamado. Hoy me doy cuenta cuán difícil es encontrar un nuevo hermano y es mi oportunidad de realmente aprender a valorar a cada uno de los hermanos conocidos. Hoy es también la oportunidad de salir en búsqueda de un nuevo hermano y de entregarme incondicionalmente a la causa de la hermandad.

Hoy en este estado, me doy cuenta de cuantas veces mi engreimiento, mi falta de valoración y mi suprema inconsciencia malograron oportunidades de accionar con otros hermanos y de construir algo útil y bello para todos los hermanos.

Es la ausencia del hermano la que me revela su importancia. Siempre tomé la presencia del hermano como una garantía. Hoy en la ausencia del hermano he de aprender a valorar su presencia.

Han pasado 5 años desde que la Hermandad y los hermanos me abrieron sus puertas; es tiempo de comenzar a esforzarse conscientemente, así como otros hermanos se esfuerzan para sostener, avanzar y ampliar la hermandad.

Puedo decir que en estos 5 años ya experiencí bastante, que ya conocí más de lo necesario, que todos mis quereres y deseos han sido satisfechos, que todas mis preguntas han sido respondidas, que todas mis dudas han sido resueltas. En fin, que me ha sido dado todo lo que he pedido y más. Hoy ya no queda más donde ir; ya no hay hermanos a quien visitar.

Ahora soy yo el que decido qué hacer con esta experiencia. Ahora soy yo el que debe empezar a producir. Soy yo el que debe empezar a sembrar la semilla de la Hermandad. Ahora me toca a mí esforzarme y trabajar para beneficio de otros (la hermandad). Ahora es el momento de decir realmente ésta es mi vida, esto es lo que yo quiero y entregar todo mi ser a la realización de este propósito; esta vez sin motivos ocultos, ni motivaciones egoístas; esta vez con plena consciencia y conocimiento de causa.

Ya no puedo seguir siendo más ese hermano mediocre, que sólo está disponible cuando quiere o cuando le conviene. Ya no puedo seguir siendo ese hermano crítico, prejuicioso, juzgador y condenador de las acciones de los demás. Ahora es el momento de dar el paso y convertirme en un verdadero hermano, un hermano entregado y consagrado a la Voluntad Divina, un hermano a tiempo completo, siempre disponible, accesible, confiable, abierto, comprensivo y sobretodo, un hermano que ame sin reservas, incondicionalmente, un hermano que vive para el Padre y por lo tanto, para la hermandad y los hermanos.

Estos son momentos importantes, en los que me toca tomar decisiones que marcarán el futuro, porque a partir de este punto no hay vuelta para atrás. No son momentos muy fáciles. ¿Desde cuándo ha sido fácil crecer? Pero tampoco difíciles. La agonía de la espera es mía y me parece que no vale la pena perder más tiempo, habiendo tanto por hacer.

A los 27 años que más puedo pedir. ¿Qué no me ha sido dado ya? Es tiempo de asumir mis responsabilidades para con el Padre, para con el planeta, para con la sociedad y para con los hermanos. Llegó el momento de empezar a dar lo que he recibido. Llegó el momento de empezar a cumplir con la tarea asumida.